

Enseñar disidencia: prácticas micropolíticas en los espacios educativos para reimaginar lo común

Nadia Cortés

*¿Qué es un anarquista? Alguien que, al elegir,
acepta la responsabilidad de su elección.*

Ursula K. Le Guin

La escuela antes de ser entendida desde cualquier perspectiva teórica o política es un espacio común. Un punto de encuentro de enseñanzas y aprendizajes que transforman la vida tal y como la conocemos desde nuestras propias experiencias. Los espacios educativos son también un espacio de exposición y vulnerabilidad. Además, y antes de cualquier posición o definición podríamos decir que la escuela es el lugar donde aprendemos a estar en común. Pero ¿se enseña en la escuela a estar en común? ¿qué significaría lo común? Y en todo caso, ¿cómo hacer de este espacio común una comunidad justa y digna para todxs¹?

Como decíamos, la escuela más allá de cualquier proyecto político es un espacio fundamental de nuestro ser-con, sin embargo, este espacio se encuentra siempre ya politizado. En él, y en sus estructuras, se juegan siempre posiciones de poder, asunciones de verdad, formas y maneras de comprender el mundo y marcos desde los cuales entender nuestra vida y nuestras acciones. Es decir, la escuela está siempre marcada por aseveraciones que nos enseñan a cómo enfrentar la vida, cómo relacionarnos con lxs demás y nuestros entornos. No obstante, estas enseñanzas que se transmiten y forman a quienes pasan por la escuela son cambiantes y al mismo tiempo, como ya dijimos, son también siempre políticas.

Los proyectos educativos emancipadores han buscado mostrar como la escuela nació y se configuró como una figura estatal que buscaba generar procesos unificadores, más que dignidad y aprendizaje en común que correspondieran y hablaran de los contextos y entornos específicos de las personas que transitaban esos espacios. Un proyecto de escuela destinado a buscar la unificación en versiones comunes que respondían a los intereses de los Estados-Nación, producto en Latinoamérica de un proceso de colonización. Con todo ello, la idea de escuela como un espacio político de transformación comunitaria se convirtió en una especie de fábrica de conocimientos y cuerpxs destinados a la obediencia más que espacios donde las diferencias se pongan en común en virtud de un cuidado colectivo. La escuela como un espacio de asombro genuino o de compartición honesta se

¹ Utilizamos todxs o el pronombre femenino a lo largo del texto para incluir pluralidad de identidades de género que han sido excluidas históricamente en las formas de escribir y hablar.

transforma en un proyecto de negación de la vida diversa, así como en espacio que reproduce los discursos dominantes de nuestra sociedad traducidos en prácticas de sumisión, obediencia y violencia entre nosotrxs.

Los esfuerzos pedagógicos que buscan confrontar ese estado acartonado y hegemónico desde donde se han entendido la escolaridad no han faltado. La apuesta por pedagogías decoloniales, inclusivas, abiertas al conflicto, al disenso y un aprendizaje que busca tener una incidencia en los contextos, así como pedagogías empáticas, de los afectos, corporales y situadas como un retorno a una idea inicial de la escuela como un espacio donde aprendemos a estar con lxs otrxs son algunos ejemplos de ellos. Pero, como decíamos, más allá de las discusiones teóricas y de los ensayos académicos pedagógicos sobre la escuela ¿cómo realizamos, mostramos, deshacemos y materializamos estas otras formas de politizar el aula en miras a una escuela que nos permita tener vidas más dignas y justas desde la singularidad de las personas que tenemos el privilegio de atravesar nuestras vidas por la escolarización? ¿qué estrategias, posiciones o herramientas podemos generar, crear y practicar para hacer de la escuela ese espacio de transformación y compartición común de nuestras vidas?

Las preguntas precedentes solo tienen sentido si comprendemos y miramos las profundas crisis en las que nos encontramos inmersxs. Crisis que se reflejan en el aula, y que citando un libro en el cual podemos encontrar una de estas apuestas, *Manual para maestros que lloran por las noches*², nos hacen estrujarnos y pensar en los cambios que necesitamos hacer dentro del salón de clases para que nosotras y nuestrxs estudiantes puedan vivirse en confianza y sintiendo que vale la pena hacer el esfuerzo de seguir habitando y generando procesos en dichos espacios. Escolarizarnos y trabajar desde la dignidad sería el deseo de una escuela que pusiera en valor lo común, la comunidad que somos, mientras transitamos por la educación.

En las escuelas —a diferentes niveles primaria, secundaria o preparatoria—, se brindan materias que buscan transmitir y enseñar valores para que nuestra vida política y social sea armoniosa y respetuosa. Materias como educación socioemocional, civismo, formación cívica y ética hacen hincapié en la necesidad de que la escuela enseñe y propicie actitudes que conduzcan a la responsabilidad en distintos ámbitos: social, familiar, afectivo, ético y político. Sin embargo, y como lo comentábamos en un taller con maestrxs de prepa, no es sólo en esas asignaturas donde estamos enseñando formas de estar en común, éticas de la responsabilidad, cuidado colectivo o posiciones políticas, si no que lo hacemos todo el tiempo desde que nos posicionamos frente a un grupo y tomamos decisiones de cómo dirigirnos a alumnas o alumnos, de qué manera enseñamos respeto y disciplina, etc. Nosotrxs, como

2 Morales, Taniel, *Manual para maestros que lloran por las noches*, Editorial Secretaría de Educación de Guanajuato, México, 2016.

maestras y maestros, tenemos la posibilidad de afianzar actitudes que abonen en el individualismo o en la cooperación y la comunalidad; en la comprensión de las brechas de desigualdad o en afianzar posiciones de poder basadas en clase, raza, género y orientación sexual. La reproducción de estos sistemas ético-políticos en el aula es algo que hemos estado perpetuando a lo largo de los años, y evidentemente, esto no es para nada sólo responsabilidad de lxs maestrxs, si no de un sistema educativo basado en el seguimiento de reglas y conocimientos que deben de ser transmitidos a través de una relación de poder entre el maestrx como superior al alumnx que aún no sabe y que debe ser formado y guiado de las mejores formas para ser una “persona de bien” en la sociedad.

Pensando en lo anterior, la responsabilidad ética y política para el maestrx se vuelve apabullante e inmensa, una responsabilidad en donde como maestrxs tendríamos que saber cómo andar en la vida y transmitirlo de maneras certeras. Sin embargo, y en un ejercicio de honestidad abierto, lxs maestrxs sabemos que ese andar se aprende andando, por ensayo y error y, además, que la ética y la política está también sujeta a nuestros contextos específicos y que dista mucho de ser algo que pueda disolverse en la dicotomía bueno o malo. En los contextos como el nuestro, en un país donde hay que reconocer una serie de problemáticas severas que no se pueden aplanar con un simple panorama de lo bueno o lo malo, tenemos que enseñar otras herramientas de pensamiento crítico, de sensibilidad y afectación por las vidas de lxs otrxs, o como diría Bouaventura do Santos, una educación que genere imágenes y reflexiones que nos permitan «recuperar nuestra capacidad de asombro e indignación y, a través de ella, recuperar nuestro inconformismo y nuestra rebeldía»³.

La violencia sistemática y los contextos marcados por la precariedad, el machismo y el conservadurismo moral como formas naturalizadas de convivencia; el racismo interiorizado y la discriminación por etnia en un país colonizado; el clasismo que abona en seguir propiciando procesos de superación económica y personal que nos desarraigan de nuestras raíces y no nos da más solución que el capital, son muchos de los tantos marcos de aprendizaje que traemos arrastrando tanto como maestrxs y estudiantes. La revalorización del saber local, tradicional y ancestral se vuelven cruciales para regresar a una escuela que priorice el estar en común y la generación de conocimientos para la vida digna. La comunalidad⁴, los saberes del *buen vivir*; el tequio, el intercambio vecinal son formas producidas desde nuestros horizontes locales que al ser reconocidas pueden sembrar semilla para otras posibilidades políticas comunes que se incorporen en la escuela.

3 Sousa Santos, Boaventura De, *Educación para otro mundo posible*, CEDALC, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, CLACSO, Medellín, 2019.

4 Se puede leer acerca de la relación entre comunalidad y educación en Martínez Luna, Jaime, *Textos sobre el camino andado, Tomo II*, Oaxaca, 2016.

Repensar y resentir la escuela en esta clave supone un proceso largo, crítico (no sólo como pensamiento crítico, sino que nos coloca en crisis), que descoloca todo lo que hemos entendido por proceso educativo y escolarización. Nos hace temblar a nosotras mismas sobre lo que hemos aprendido acerca de qué es enseñar, compartir, producir conocimiento y el lugar mismo en el que nos colocamos como maestrxs, pero también como madres, padres, hijxs, parejas, compañerxs o ciudadanxs que configuran espacios en común como la escuela, la familia, el trabajo y una comunidad o un Estado. Y esto es importante no porque exista una ola de otras pedagogías posibles, sino porque estas surgen por la necesidad urgente de generar espacios de compartición y producción de saberes que atañen a las realidades que vivimos, a los cambios sociales y a los contextos políticos de los cuales formamos parte.

Se trata también de volver a hacer de la escuela un espacio de cuestionamiento, emancipador, espacios de preguntas genuinas⁵ que nos ayude a transitar a vidas preferidas asumiendo los territorios problemáticos que podemos habitar. Maestras y maestros expresamos constantemente la crisis o falta de compromiso⁶ de lxs alumnxs, de las autoridades de las instituciones e inclusive de las madres y los padres de familia; pensamos que ya no importa la educación, que se han perdido los valores, que la violencia crece y se hace mayor en el aula entre compañerxs y en relación con nosotras, “se ha perdido el respeto” decimos, en el recreo se reproducen los esquemas de una sociedad que replica el derecho de piso en microescala: ocupan los espacios quienes pueden y los demás se quedan al margen. Los padres y madres de familia exigen una formación, un poner en cintura o no ser tan duras con lxs alumnxs, y todo se vuelve un círculo de demandas y obediencia que termina por despolitizar la escuela, además de reproducir el funcionamiento de la sociedad como un entorno sin afectación por el otrx, sin implicación con el o la de a lado, se trata de exigirnos sin conocernos, sin implicarnos y olvidando la importancia de estar en común para acompañarnos en caminos que compartimos y que son arduos.

Sin embargo, no somos ni los maestrxs ni los estudiantes ni madres o padres el problema de esta situación, como se dice desde las prácticas narrativas, los problemas son los problemas, las personas nunca somos el problema. Hemos aprendido y reproducido formas, discursos y aprendizajes dominantes que se traducen en prácticas y maneras de relacionarnos con lxs otrxs, nos hemos desvinculado y desafectado. La trivialización y banalización del sufrimiento de lxs otrxs, la indiferencia a las vidas de lxs demás ha generado la imposibilidad de la indignación y la rebeldía como

5 El Colectivo de Prácticas Narrativas es un colectivo que trabaja en procesos de terapia narrativa, educación y trabajo comunitario interesados en “los relatos, de qué bocas salen, qué efectos tienen, a quiénes benefician, qué posibilitan, cómo cambian y dentro de qué historias se desarrollan”. Pueden consultar su trabajo en la siguiente página: <https://colectivo.org.mx/> La implementación de las metodologías de las prácticas narrativas a procesos educativos la hemos desarrollado a partir de talleres y procesos en los cuales ellos comparten dichas estrategias.

6 Un texto importante para pensar la crisis del compromiso en nuestra época se puede leer en Garcés, Marina, *Renovar el compromiso* en Espaï en Blanc, El impasse de lo político, Bellaterra, Barcelona, 2011.

diría nuevamente Do Santos. Necesitamos pedagogías del conflicto, que habiten los problemas y que abran espacios para hablar de ellos, de nuestros afectos, de nuestras heridas y también de las dificultades, los dolores, las trabas para hacer frente a ellos.

Repolitizar el aula, pero ¿cómo?

Una estrategia mínima para hacer del aula un espacio común

Si algo de lo narrado hasta ahora ha tocado alguna fibra o ha sido significativo respecto a preguntas que ustedes como maestrxs, lectores o personas que forman parte de una comunidad se han hecho, quizá lo que resuene en sus cabezas es ¿cómo hacemos esto? ¿de qué manera invertimos la escuela y sus modelos? ¿cómo hacer de la escuela un espacio de confianza, de responsabilidad y co-responsabilidad, de estar en común y cuidarnos entre nosotrxs? ¿qué significa la dignidad y cómo se enseña? ¿podré acaso con esto? ¿y si el grupo se desborda? ¿y si implica demasiado compromiso? ¿si me mete en problemas? ¿y si al dejarme afectar por lxs demás nada vuelve a seguir igual? ¿y si implica demasiado esfuerzo?

Para algunas de estas preguntas este texto puede echar luz sobre una estrategia mínima para generar otras formas de estar en común y repolitizar en colectivo el aula, de acuerdo a nuestras necesidades, intereses y apuestas. Esto último, quizá sean las posibles respuestas a otras de las preguntas planteadas. Y para esas preguntas no podemos echar más luz que decir que confiamos, y quizá es un principio de estas otras apuestas pedagógicas, en que cada persona es la experta en su propia vida. Cada una y uno de ustedes sabrá hasta dónde y dicho saber vendrá de muchos y diferentes lugares ¿Cuánto arriesgar o hasta qué punto me dejo afectar y comprometerme? O si la indignación frente a lo que consideramos injusto supone tomas de posición difíciles para nosotrxs, es algo que cada unx de ustedes tendrá que poner en valor y sopesar de acuerdo a su propia vida y la relación que decidan tener con lxs demás, las condiciones locales de socialización y la situación política de su contexto. Estas decisiones no son fáciles, pero en lo que vamos andando otros caminos podemos mientras tomar pequeños riesgos y generar espacios mínimos que abran estas otras formas de estar todxs en la escuela, porque, recuperando valiosos saberes comunales, sólo entre todxs sabemos todo. Cada cual aporta y enriquece el mundo del otro y nos abre a la posibilidad de volver a afectarnos, comprometernos con las demás personas, sin priorizar los juicios ni prejuicios sino generar un espacio en donde se valore el encuentro y la conversación.

Así y por esta urgencia identificada en el trabajo en aula, muchas y muchos hemos buscado incorporar ejercicios en el aula que le dan valor a estas maneras de estar en común. Por ejemplo, la recuperación de espacios de conversación desde el asombro, como una especie de círculo filosófico de conversación sobre los problemas que atañen a nuestras realidades. Algunos han llamado a este ejercicio “filosofía para niñxs”, sin embargo, más que el nombre del ejercicio o taller, se trata más bien de una invitación a problematizar entre todxs nuestra realidad, a través de conversaciones detonadas por preguntas genuinas. Precisamente este fue uno de los talleres compartidos en Santa Catarina, Guanajuato, y con anterioridad también se compartió en Oaxaca, en una escuela cercana al Mercado de Abastos de la misma ciudad. De lo que se trata es abrir un espacio de conversación honesta con los alumnxs para conocernos entre nosotrxs, las preguntas no son lanzadas para obtener una respuesta que esté bien o mal si no para desmenuzar la problemática de la pregunta.

Por ello y para desarrollar una metodología que no atravesase el poder dominante del maestro que sabe y pregunta para evaluar o juzgar el estado de conocimiento del alumnx, se busca partir de lo cotidiano, de identificar en la vida de lxs estudiantes acontecimientos que después podamos significar. Por ejemplo, si queremos reflexionar y preguntarnos sobre qué es la justicia en un grupo con el que compartimos o enseñamos tendremos que interesarnos acerca de lo que ellxs han identificado como acontecimientos injustos en sus vidas. Aunque esto suena en principio muy abstracto, existen una serie de recursos que pueden ayudarnos a esto. Los libros de Wonder Ponder, específicamente *Mundo cruel*⁷, desarrollado por la escritora Ellen Duthie y la ilustradora Daniela Martagón es un libro-juego de filosofía visual para niñxs. El recurso consiste en unas tarjetas con ilustraciones por un lado y preguntas en torno al dibujo que se encuentra al reverso. Preguntas como: ¿Matar hormigas te parece cruel? ¿Te gustaría vivir en un zoo? ¿Por qué? ¿Es siempre cruel obligar a alguien a hacer algo que no quiere hacer? ¿Y tú, qué piensas?

Estas preguntas sirven como detonantes para la conversación y a partir de ello podemos explorar sobre acontecimientos cotidianos de nuestros entornos cercanos. Así, después de jugar un poco en torno a ello, podemos salir a explorar el patio escolar, las calles cercanas a la escuela, observar a nuestro alrededor y que entre todxs identifiquemos cuestiones que nos parezcan injustas. Los estudiantes después formulan preguntas propias. En Santa Catarina salimos a explorar el espacio circundante y cada unx empezó a identificar cosas que les parecían injustas: animales maltratados, burocracia innecesaria, temas relacionados con discriminación por el color de piel, etc. Posterior a ello y con las preguntas en mano, los estudiantes entrevistan a personas en negocios, que paseaban por la

7 Duthie, Ellen y Martagón, Daniela, *Un mundo cruel*, Wonder Ponder, Editorial Sexto Piso, México, 2017.

calle, funcionarios que accedían a entablar una conversación con previa explicación de lo que hacíamos. Así, los niñxs proponían una conversación tan necesaria en torno a problemas éticos, políticos y sociales. Las jerarquías por un momento se disolvían, para dar lugar a la conversación, a la indignación, a un diálogo que nos regrese la posibilidad de buscar otros caminos para habitarnos juntxs.

De igual manera, el recurso que sugerimos lo transformamos en cada localidad y espacio propio, finalmente estas preguntas están escritas en otro contexto que puede ser lejano al nuestro. Para poder elaborar preguntas que no juzguen y que no estén dirigidas a una respuesta centrada en lo que nosotras creamos que es justo o no, hemos echado mano de los saberes de las prácticas narrativas en combinación con las tarjetas. Después de lo recopilado en entrevistas y en las conversaciones exploradas y realizadas por los niñxs, regresábamos al aula a dibujar dichas escenas de nuestros entornos y al reverso a hacer nuevas preguntas. Así, en lugar de preguntar si nos parecía justo tirar basura en la calle, preguntamos primero sobre lo que vemos en el dibujo. De esta forma, cada quien describe desde sus saberes propios lo que observa y después vamos significando en común lo que vemos. En vez de juzgar que es nuestra responsabilidad única como personas tirar basura en la calle, podemos observar todos los elementos del problema: si no hay lugares para depositarla o si podemos emplear otras maneras para consumir que no impliquen tantos desechos. Se trata de conversar entre todxs y no buscar soluciones de manual, pensar qué podemos hacer con lo que tenemos y cómo podemos generar espacios más justos según lo que consideremos mejor en esos momentos.

Dejar de aleccionar para animar nuestra creatividad sobre preguntas que incluso nosotras mismas como maestras y maestros no tenemos una única solución. De igual forma, para dar lugar a todas estas conversaciones sobre todo con niñxs más pequeños de nivel preescolar, como también lo hemos hecho en otro espacio en CDMX, o niñxs de primaria, echaremos mano de más recursos: respirar, preguntar cómo nos sentimos al hacernos estas preguntas, bailar un poco, reír, molestarnos, hacer un grito colectivo, sacudirnos o abrazarnos, será imprescindible para generar sensibilidad afectiva entre todxs. La experiencia que se ha tenido con estos procesos es muy gratificante, pero también produce muchas más preguntas y responsabilidades. Por una parte, lxs niñxs se dan cuenta de su autonomía y su capacidad de decisión, sus palabras y sus reflexiones son puestas en primer lugar, reconocer el valor de su saber sin importar su edad y sobre todo se trata de abonar en la confianza en ellxs mismos, en sus compañerxs y en su confianza a nosotras para sentirse escuchadxs y ser tomadxs en cuenta. Finalmente, y como menciona la cita con la que se inicia este texto, enseñar anarquía es enseñarnos a confiar en nosotrxs, a no aplanar nuestras decisiones, a destejer los nudos y los por qué que nos llevaron a realizar tal acción y a responsabilizarnos con nosotras y las demás sin juzgarnos en un mundo que apela a la conversación y a la comprensión para imaginar otros caminos juntas y juntos.

